



TRANSICIONES

VÍCTOR A. ESPINOZA

¡Qué maravilla!

Hacia el final de 2003 nos encontramos atravesando por una zona de turbulencias; o si se prefiere por un inicio caótico de la segunda mitad del sexenio y que apunta hacia el empeoramiento. Sin duda, la Ciudad de México es el verdadero termómetro de lo que sucede a lo largo de nuestra geografía. País centralista al fin de cuentas, el pulso de la economía y de la política, por mencionar sólo dos dimensiones de la vida pública, se palpa en nuestra capital. En reciente viaje relámpago pude percibir con nitidez la forma como estamos entrando al último tramo del Gobierno foxista: En la incertidumbre total y con una profunda preocupación de todos aquellos que analizan sistemáticamente los rumbos que ha tomado nuestro País. La "megamarcha" es sólo una de las manifestaciones del caos que vivimos. Paradójicamente la sensación es la misma que la que se percibía hacia finales del aciago año de 1994. Espero que sólo sea una coincidencia otoñal.

En medio de ese gris panorama surge de nuevo la voz de nuestro Presidente: "Vivimos en un País maravilloso". Para no dejarlo sólo, su secretario del Trabajo, Carlos Abascal, lo secunda "efectivamente qué maravilla de País es el que tenemos". Estas declaraciones derivadas de sus análisis de la erradicación de la pobreza, de la solidez de la economía y de las instituciones gubernamentales, han causado profunda preocupación entre quienes conocen el comportamiento de los indicadores aludidos.

Uno trata de encontrar las razones que llevan a nuestro Presidente a hacer tales aseveraciones. ¿Es que no cuenta con asesores que le muestren lo que en realidad está sucediendo en el País? La respuesta a esta pregunta parece muy simple: El Presidente no les hace caso. ¿De dónde proviene su excesivo optimismo? De las lecturas de autoayuda que ocasionalmente lleva a cabo; las mismas que subrayan que para triunfar en la vida lo que importa es la actitud, echarle ganas y pensar en positivo.

Se ha repetido hasta el cansancio que Vicente Fox se siente más cómodo como candidato que como Presidente. Por eso su propensión a prometer y pintar un País de maravilla. Lo trágico es que en medio del caos su forma de hacer política le sigue redituando en popularidad. Efectivamente todavía un porcentaje muy alto de mexicanos aprueban su gestión o más objetivamente a su persona: La popularidad es del personaje y no del Presidente. La preocupación parece estar entre quienes se encuentran más enterados de los asuntos de la economía, la sociedad y la política. Por eso el Presidente prefiere no escucharlos. Ésa es la esquizofrenia que estamos viviendo: La realidad va por un rumbo y el discurso presidencial por el otro. Pero no es un problema exclusivo del nivel federal: En la capital de la República se repite con extraordinaria coincidencia. La ciudad sigue presa de la delincuencia y la inseguridad, los problemas ambientales se han agravado, el caos urbano se agudiza; sin embargo el Jefe de Gobierno sigue aumentando su popularidad y según todas las encuestas es actualmente el candidato más fuerte para suceder a Vicente Fox. ¿Alguien entiende algo?

Por si fuera poco, la ruptura priista se convierte en una verdadera amenaza para la estabilidad económica y política del País. Una feroz guerra entre el presidente y la secretaria general del partido que puede conducir a una escisión sin precedentes y al eventual nacimiento de nuevas organizaciones políticas nacionales. A lo mejor eso es lo de menos; la fractura puede significar la paralización del Congreso de la Unión por la imposibilidad de establecer los acuerdos necesarios para hacer avanzar las reformas requeridas. Se trata de un pleito similar al de un matrimonio mal avenido. La lucha puede ser a muerte entre dos contrincantes que se conocen todas las mañas y debilidades y que buscan golpear en donde más duela.

Ésta es una simple muestra del País maravilloso que hoy tenemos.